

# El gusto de estar con los hermanos

Alberto Toutin ssc  
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 146 – 3 de septiembre 2020

Queridos hermanos:

Espero que cada uno de ustedes se encuentre bien, lo mismo los hermanos de sus comunidades.

En algunos lugares en donde estamos presentes, vamos retomando poco a poco las actividades pastorales. En otros, están todavía viviendo en condiciones de confinamiento.

En todo caso, muchos de nosotros habremos compartido la vida cotidiana con los hermanos de nuestra comunidad, como tal vez, nunca antes lo habíamos hecho.

Esta convivencia estrecha nos pone en situación de redescubrir el sentido de nuestra vida comunitaria. Sin duda que hemos apreciado los diferentes talentos que existen entre los hermanos, desde la cocina, el jardín, la recreación, hasta el cuidado por los espacios comunes, los trabajos de mantenimiento y de reparación en la casa. Tal vez, algunos de nosotros hemos descubierto talentos que no sabíamos que teníamos y, con simplicidad, los hemos puesto al servicio de la vida en común. Luego, al tener menos actividades exteriores, hemos podido conversar sobre temas de los que hablamos menos entre nosotros; de nosotros mismos, de nuestros miedos, de las personas con las que somos en contacto y que nos piden su oración, de la situación de precariedad de nuestros países y que afecta también a miembros de nuestras familias y de las comunidades cristianas. También el hecho de poder encontrarnos más regularmente en los momentos comunes de oración y de comida, nos ha permitido redescubrir el valor de nuestro vivir juntos.

Todos sabemos también por experiencia que el vivir juntos es exigente, pues supone una muerte a nuestro individualismo para vivir más en clave de salida de nosotros mismos y de donación: un proceso de descentramiento de lo mío, de apertura a los demás, de interés por mis hermanos, de flexibilidad y de adaptación a lo imprevisto y a los ritmos diversos que existen entre nosotros, de saber acompañarnos y de soportarnos mutuamente. La convivencia intensa ha puesto a prueba nuestra capacidad de construir comunidad. Lo mismo habrán experimentado muchas familias y grupos, incluso en condiciones menos privilegiadas que las nuestras, de hacinamiento y de precariedad.

Propongo entonces algunos caminos para ahondar en el sentido de nuestra pertenencia a la comunidad, los unos a los otros y el gusto de caminar juntos, como hermanos y hermanas.



Hermanos de diferentes generaciones en Punta de Tralca (Chile)

## **En la misma barca**

Este tiempo nos ha conectado con más o menos intensidad con los miedos que nos habitan: el miedo a ser contagiados, el miedo a morir, el miedo a perder el empleo, el miedo a la pobreza, el miedo a perder a personas que nos son queridas, el miedo a nosotros mismos. También miedos que manteníamos silenciados y que reaparecen a través de imágenes, sueños o palabras, especialmente en tiempos en que estamos menos solicitados por la actividad externa. Cada uno de nosotros puede completar esta lista de miedos. Nos haría bien que pudiéramos nombrar los miedos que hemos sentido en este tiempo, compartirlos entre nosotros sin vergüenza ni temor. El miedo es una reacción sana que surge cuando la vida se siente amenazada por algún peligro. Nuestra fraternidad ganaría en realismo al sabernos todos en la misma barca de nuestros miedos. Que nos sintiéramos acompañados por los miedos que compartimos. Pienso en la comunidad de los discípulos de Jesús, que están en medio del lago y se levanta un viento fuerte. Jesús está con ellos, pero dormido. El miedo de perecer, les hace despertar a Jesús y decirle como confesión de fe: "¡Sálvanos, Señor que perecemos!" (Mt 8,25). Nuestra confesión de fe en Jesús puede ganar en densidad cuando surge de nuestros miedos.

## **Dejarse encontrar por el Señor y los hermanos**

En muchos lugares hemos buscado formas de mantener el contacto con las personas que nos son confiadas en las comunidades pastorales o a las que nos unen lazos de amistad y de afecto. Todos hemos sabido apreciar esa cercanía y atención. También en nuestras casas nos hemos atrevido más a visitarnos unos a otros, dejar que el hermano entre en nuestro cuarto, permanecer más tiempo en la mesa, sin la urgencia de la tarea que nos espera. Jesús sabía que hay una especial alegría cuando se reencuentra algo que creíamos perdido: una oveja, una moneda, un hijo incluso. Dejémonos entonces encontrar por el Señor y por los hermanos, no pongamos obstáculos, mantengamos las puertas abiertas al encuentro. Es Jesús que viene a buscarme y a visitarme en mi hermano. Dispongámonos entonces al encuentro ofreciendo como signo el dejar la puerta abierta de nuestros cuartos.

## **La mesa compartida**

El pan, la salud, el trabajo, el techo son necesidades básicas que, para muchas personas, se han vuelto bienes precarios e inseguros. En nuestras comunidades religiosas estas necesidades están en general bastante satisfechas. Desde esta seguridad, podemos vivir más en clave de darnos y de compartir lo que somos y tenemos. Sé de muchas iniciativas que estamos animando en nuestras comunidades pastorales para ofrecer comida a personas que no la tienen. Y tan importante como el pan, es la cercanía, el afecto, el cariño entre las personas, en el fondo el saber que contamos para alguien. Es lo que han querido transmitir nuestros hermanos Quentin y Chadwick en Francia, al ofrecer a 10 jóvenes inmigrantes de origen africano, pasar 5 días de convivencia, de recreación, de conocimiento mutuo. Para esos jóvenes que deben arreglárselas para vivir al día a día, la posibilidad de poder tener algunos días de descanso, juntos, era inimaginable. Ello fue posible cuando estos hermanos decidieron compartir su tiempo de descanso con ellos. Me pregunto si nuestra fraternidad no está llamada a enriquecerse con iniciativas de este tipo: acoger en nuestros oratorios y en nuestra mesa, incluso en nuestra recreación a vecinos, a personas solas que conocemos, a los pobres que piden en nuestras iglesias, para compartir con ellas simplemente el cariño,

el afecto, el hacerles sentir que cuentan para nosotros y para el Señor. Pienso también en nuestras comunidades de enfermería donde hay hermanos mayores y enfermos, el que los hermanos más jóvenes, durante el tiempo de vacaciones, dediquemos algunos días simplemente a estar con ellos. Estoy cierto que todos descubriríamos “tesoros” escondidos de Evangelio que le darían un gusto renovado a nuestra fraternidad.

### **La ofrenda de la fraternidad**

En muchas de nuestras comunidades hemos tenido la posibilidad de celebrar diariamente la eucaristía. Eso nos ha hecho tal vez valorizar el hecho que somos ante todo la comunidad de los hermanos que se reúnen en nombre de Jesús a su mesa. La eucaristía gana así

**“Atrevámonos a salir de nosotros mismos e ir al encuentro de nuestros hermanos, comenzando por aquellos de mi comunidad local.”**

en simplicidad. Y, al mismo tiempo, cobra dimensiones apostólicas y misioneras nuevas, al hacer presente a las personas que nos confían sus oraciones, a los pobres, a los enfermos, y a las comunidades cristianas que no cuentan con la celebración regular de la misa. Allí nos unimos a Jesús y le pedimos que no mire nuestro pecado, sino la fe de su Iglesia y que, en su amor fiel, le conceda la paz y la unidad. Ese don de la paz y de la unidad supone también nuestra contribución. Jesús nos recuerda la importancia de acercarnos a la mesa como hermanos reconciliados. “Si en el momento de ir a presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene algo en contra de ti, deja tu ofrenda allí mismo delante del altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano. Luego regresa y presenta tu ofrenda” (Mt 5,23-24). Me pregunto si nuestra fraternidad no se enriquecería si antes de reunirnos a celebrar la eucaristía, nos preguntáramos si mi hermano de comunidad tiene algo contra mí. Y entonces sin tardar y sencillamente voy a encontrarlo y le pido perdón. Entonces la paz que recibimos del Señor tendría el sabor del perdón que nos damos entre nosotros, como hermanos. Nuestra fraternidad sería entonces la de los hermanos de Jesús, invitados a su mesa, y reconciliados entre sí.

Atrevámonos entonces a salir de nosotros mismos e ir al encuentro de nuestros hermanos, comenzando por aquellos de mi comunidad local. Allí el Señor nos da cita y nos espera. ¿No es entre los hermanos que se perdonan, que se aman, que brilla la belleza atractiva y exigente del Evangelio?

**Alberto Toutin ssc**  
*Superior General*